

Guillermo

FATÁS CABEZA

Universidad de Zaragoza

● ● ● ● *ALLEGRO MOLTO AGITATO(RE)*







Este escrito hilvana recuerdos. A ciertas edades, ya son dignos de atesoramiento, aunque quizá no todos sean precisos: nadie tiene la culpa de cómo recuerda. Tengo muchas cosas vinculadas en la memoria a José Luis, porque es persona que no para. Lo considero un agitador musical, siempre revestido de pasión jovial por lo que hace: una especie de *allegro molto agitatore* ambulante.

José Luis González Uriol aparece en muchos discos y yo, no. Por eso no se me olvida algo que acaso él no recuerde: en 1998 aparecimos juntos en un cedé, en el que mi amigo interpretaba, al clave, dos sonatas de Scarlatti y, al órgano, un tiento de Pablo Bruna, el músico ciego de Daroca tan digno de recordación. Mi aportación se reducía, claro está, a un texto; pero el caso es que aparezco en su discografía de esta manera adventicia, cosa que me halaga y divierte a un tiempo. Lo urdió todo Plácido Serrano, promotor de ese y otros discolibros.

No consigo recordar con precisión cuándo conocí a José Luis. Creo que ambos éramos todavía solteros, por lo que deduzco que nuestro contacto primero pudo ser en los años sesenta. Tranquilamente hará, pues, medio siglo de nuestro trato, que sigue siendo tan bueno como al principio. Los dos aspirábamos a ser profesionales 'serios' y seguimos todavía en ese empeño, viviendo ya en otro siglo. Por eso siempre hemos procurado dar la impresión de ser tipos formales, es decir, técnicamente dignos de confianza y cumplidores de los compromisos adquiridos. A menudo vamos 'de uniforme', con traje y corbata, lo que antes era atavío menos raro que ahora. Es una forma que comparto con él de mostrar respeto por el público, que en su caso y en el mío es discente la mayor parte del tiempo. He comprobado que a ambos nos gusta ser puntuales; y que procuramos ajustarnos a protocolos y programas preestablecidos, pues eso nos permite actuar bien preparados, modo prudente y eficaz de no someter a los circunstancias a la tortura de ocurrencias súbitas e 'impromptus' indeseados. Ambos vivimos de profesiones que requieren hablar y manipular teclados (en su caso, hasta cuatro a un tiempo, con los diez dedos de las manos y ambos pies, simultáneamente; yo solo he conseguido utilizar dos dedos y, eso, sobre un teclado único, de modo que lo considero francamente superior a mí).

Ser formal no significa ser aburrido. José Luis se ríe a gusto cuando se relaja y es excelente comedor, rasgo de personalidad característico de mucha buena gente que ama la sonrisa y el grato departir en compañía, un placer que mejora ante una mesa atractiva. La risa oportuna y la afición contenida al buen yantar se refuerzan mutuamente y son de gran ayuda para la convivencia: todo sale mejor ante un plato apetitoso, durante un menú bien combinado. (Convivencia y convivio son conceptos etimológicamente hermanos).

Como otras personas que sienten reverencia por su profesión (y la principal, en este caso, consiste en formar a los alumnos), sabe que el talento significa poco sin la disciplina. En algún momento, leyendo escritos clásicos sobre la música y los músicos —predilectos de las musas, como su nombre sugiere—, he pensado inevitablemente en los buenos amigos que tengo en ese gremio ilustre, de los cuales, excluyendo a mis familiares directos, el más veterano de todos es José Luis. Le he visto musitar partituras a primera vista y sé que interpreta de igual forma y con la misma intensidad en soledad que en compañía, con público o sin él. Y, hasta donde alcanzo a entender lo que hace, rehúsa alterar las composiciones de los buenos músicos, absteniéndose de supuestos embellecimientos facilones. Práctica que, según señaló Schumann, «es un gran ultraje», aunque por desdicha frecuente.

José Luis ha pasado una muy gran parte de su vida en el aula. El Conservatorio de Música, su centro docente principal, se creó durante la dictadura de Primo de Rivera, en 1926. Se sumó a una existente Escuela de Música y ha vivido hasta encontrar acomodo suficiente, legal primeramente y físico después, una larga serie de mudanzas y precariedades, materiales y normativas. En 1995, cuando yo fungía como director de la Institución «Fernando el Católico» (IFC) —muy cercana a nuestros intérpretes y profesores musicales—, el Conservatorio generó de sí mismo un centro superior, que tuvo como director a Álvaro Zaldívar. Hace ya una docena de años, Álvaro detalló en la revista *Nassarre*, la publicación musicológica de la IFC, cómo fueron las cosas hasta que le sucedió en el puesto nuestro José Luis, catedrático de Clave y Órgano de la institución: los espectadores interesados vivimos durante años con avergonzada inquietud las deficiencias del primer centro de enseñanza musical de Aragón en las vetustas instalaciones previstas inicialmente para alguna especie de función sanitaria, o clínica, en la zaragozana calle de San Miguel; y también fue larga la vía que acabó por desembocar en la equiparación plena de los títulos del Conservatorio Superior de Música con los universitarios, tarea que exigió musculatura intelectual, administrativa y política, a la que no fueron ajenos los esfuerzos y actuaciones de gestores eficaces como Álvaro, ya mencionado, y Pilar de la Vega.

Unos años antes de que pechara con la dirección del Conservatorio, un trabajo de José Luis, por razones sentimentales, me dejó recuerdo duradero. Cristalizó en un disco grabado en 1984 para el sello Belter. Se tituló *Jesu meine Freude* y, como era de esperar bajo semejante denominación, contenía el motete BWV 227 de J. S. Bach, además de otras piezas del músico de Eisenach y de Frescobaldi. Con José Luis tocaron un grupo barroco de músicos barceloneses, formado *ad hoc*, y la Escolanía de Infantes del Pilar, los familiares *Infanticos*, cuya capacidad musical yo no había escuchado nunca a ese nivel ni he vuelto a oír en lo sucesivo. El fenómeno tenía explicación y era la conjunción de los esfuerzos de José Luis con los de José Vicente González Valle, canónigo, músico, doctor musicólogo, y profesor del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, espíritu refinado y laborioso que dio a la catedral del Pilar su mejor momento coral en la segunda mitad del siglo XX: a los niños cantores los invitaban entonces a giras por Europa. Por un instante se pudo pensar que en Zaragoza estaba a punto de cuajar una fértil conjunción de inteligencias musicales, pero no fue así, aunque nos quedó aquel testimonio grabado.



He pasado también buenos ratos escuchándolo en el Patio de la Infanta, lugar propicio a ensoñaciones historicistas, horóscopo refinado entre cuyas misteriosas esculturas platerescas sueña sugestivamente el órgano «José de Sesma» (datado en 1692), del que nuestro músico es titular, del mismo modo que del instrumento *Spaeth* de la Real Capilla de Santa Isabel de Aragón, reina de Portugal, templo alzado por el reino durante el Barroco y que, desamortizaciones y secularizaciones mediante, es hoy propiedad de la Diputación de Zaragoza. Esta ha invertido, durante decenios, sus buenos dineros en la restauración de instrumentos históricos dispersos por la provincia y ahí vuelve a surgir la mano de José Luis y del grupo que, desde mi particular situación, percibo cómo un puñado de valientes: además de Pedro, Álvaro y José Luis, figuran Luis Prensa y Jesús Gonzalo, por la vía siempre próspera de la Institución «Fernando el Católico», han hecho un trabajo de asesoramiento y conservación de nuestra música y de los órganos antiguos que admite pocos parangones por su duración y cantidad.

A un renglón paralelo pertenecen el Curso Internacional de Música Antigua y su anejo Festival, que tiene

José Luis González Uriol, José Ignacio Senao Gómez y Victoriano Herce con el carillón de la Diputación Provincial de Zaragoza, alrededor de los años noventa. (Colección Fotográfica Diputación Provincial de Zaragoza)

lugar, invariablemente, cada verano en la monumental Daroca, este año hace cuarenta del primero, que se fundó en honor de Pablo Bruna. Soy testigo de su éxito y de su elevada calidad, de la buenísima relación calidad-coste y de que esa llamada anual y aragonesa tiene eco internacional en todos los sentidos: profesores, alumnos e intérpretes japoneses, italianos, alemanes, franceses, suizos, uruguayos, holandeses, estonios, monegascos, austriacos, ingleses, argentinos, norteamericanos... La prensa regional y la más atenta, aquí y fuera, a esta clase de tareas la han llamado de todo, y nada malo. Es gratificante espigar titulares en la prensa, año tras año: «La universidad de la música antigua», «El curso más prestigioso de Europa», «Rechazadas más de cien solicitudes de matrícula», «Grupo de locos por la música», «Labor realmente incomparable», «Embajada de Aragón por todo el mundo», «Principal cita española para la música del Renacimiento y el Barroco», «Buque insignia de la IFC». Se citan junto al Jiloca disciplinas insólitas y se dedican apasionados momentos al aprendizaje del tañido de chirimías, serpentones, sacabuches, zanfoñas, espinetas y tiorbas, al canto coral, a las arpas antiguas y a todo género de saberes relacionados con la *frühe Musik* y sus aledaños.

Daroca se transmuta durante el Curso y el lego no sabe a dónde acudir, de tanto como hay, y no solo para escuchar a los que tocan. Mi paso por la IFC me permitió vivir aquello de cerca, ver sus bambalinas y compleja logística, tratar con los ediles de la ciudad, observar la actividad en las aulas (espacios que habitualmente no se usan para enseñar), compartir convivios, tratar con personalidades tanto de la interpretación como de la restauración instrumental (por ejemplo, seguí la tarea de los organeros Rainolter mucho tiempo después de que José Luis nos presentara) e, incluso, oficiar como mantenedor en sus fiestas de los Corporales, deferencia que el Concejo me destinó, sin duda que para distinguir el persistente mecenazgo de la Institución y sus músicos.

Concluiré con una rememoración peculiar. Cada Navidad, la Institución ofreció por muchos años a los zaragozanos una felicitación musical, a base, sobre todo, de villancicos clásicos. Era un triduo, interpretado a horas fijas por José Luis, en el estupendo carillón que la Diputación tiene instalado en su parte más alta. No es visible desde la calle, pero sí audible, tanto en el interior del palacio de Sástago como en las inmediaciones del edificio. Es un instrumento moderno y estimable, de treinta y tres campanas con badajo doble. Fue encargado en 1989 e inaugurado en 1992 por la firma Metz, de Karlsruhe. Ahora lo tañe Ignacio Navarro, titular de la plaza, pero en las Navidades de aquellos años, la tarea decembrina era de José Luis. En 1993, recién nombrado director de la Institución, no pude reprimir usar de un privilegio (imaginario) que, entendía yo, podía corresponderme sin daño de nadie y gran satisfacción de mi perpetuo afán por ver cosas desconocidas: subir a contemplar en pleno funcionamiento aquella campanería insólita, que solo conocía por fotografías de la prensa.

Hacía frío y yo busqué instintiva (e inútilmente) un rincón donde ponerme al resguardo de la intemperie. Antes de que me diera cuenta y aún sin haber tomado posición, empezó a sonar el campanario aquel. Vi que era tañido por el concertista a grandes puñadas. José Luis levantaba sus manos y las dejaba caer, zas, zas, golpeando con fuerza el teclado. Nada de digitaciones, nada de melindres táctiles: a puro golpe. Asombroso. Eso creí estar viendo y no era ilusión del todo, si bien luego capté la particular posición de los

dedos en lo que me había sugerido inicialmente una especie de pugilato del artista contra aquellas grandes teclas. (Más tarde supe que algunos carillonistas incluso emplean dediles y protecciones de cuero para sus manos tundidas).

Aunque él no lo sabe, desde aquella fecha, y va ya para un cuarto de siglo, cuando paso por la plaza de España y hace frío, imagino al maestro González Uriol con rostro grave y expresión concentrada, golpeando rítmicamente con las manos y modulando, pie en pedal, las melodías del *Adeste, fideles* o el aragonés *Tan, tan*, que hacen programa a menudo con el *Jingle Bells* y el universal *Stille Nacht* de Grüber.

Feliz fiesta, maestro. Que nos dure tu *allegro molto agitato*.